

Celulosa y pajaritos

Por José da Cruz *

La acción tiene un comienzo definido pero un final impredecible. Toda acción cae en una red de relaciones y referencias ya existentes, de modo que siempre alcanza más lejos y pone en relación y movimiento más de lo que el agente podía prever. Así, la acción se caracterizará por ser impredecible en sus consecuencias, ilimitada en sus resultados y, también a diferencia de los productos del trabajo, irreversible.

Fina Birulés en el prólogo a *¿Qué es la política?*, de Hannah Arendt

Uruguay navega en las aguas tormentosas de un conflicto desencadenado por las consecuencias de una política de forestación coincidente con el interés económico privado de varios integrantes del sistema político y llevada adelante según lineamientos del Banco Mundial. El conflicto se centra como es notorio en la construcción de dos plantas de celulosa próximas a una pequeña ciudad sobre el río Uruguay.

A consecuencia de este proceso el país ha entrado en una situación de crisis en lo nacional y lo internacional. La intención de este artículo es resaltar una de las características de esta crisis, la posibilidad de que la relación entre gobierno y sociedad civil, especialmente la relación entre el actual gobierno y los grupos ambientalistas, cambie. La crisis, entre otras cosas, es una crisis de confianza y esto se refleja en el debate público; más bien, en la falta del mismo. El reflejo más fuerte en este aspecto es ideológico, y analizaremos aquí algunos rasgos de la construcción ideológica del “enemigo” a que se han abocado varios actores políticos oficialistas y por lo tanto a favor de las plantas pasteras.

Si estas plantas son “buenas” o “malas” se discute en todos los foros, incluso en el de la música popular pues tal foro también existe; lo que no existe es una discusión sobre qué hacer con las 700 000 –o más– hectáreas de monocultivos forestales. Se da por hecho que estas plantaciones se originaron en necesidades de las industrias pasteras transnacionales, en presunta coincidencia con intereses nacionales, y que por lo tanto su destino será la pulpa de celulosa. Es decir que, cuando hace varios años se aprobó la ley forestal, ya habrían estado las plantas contenidas *in nuce* en el cuerpo legal y serían tan inevitables como un terremoto. Además, la planta de Botnia está respaldada por un tratado internacional de protección de inversiones con Finlandia hecho a la medida de esta empresa, pues otra inversión no existe. Como las plantaciones pertenecen a transnacionales y las plantas procesadoras también, parecería que nada se puede hacer y habrá que prepararse para contemplar cómo producen y contaminan durante 40 años, reduciéndose el papel del Estado a tareas de control de efluentes y construcción de las infraestructuras camineras y de navegación para esta explotación.

Esta línea es la que respaldan el gobierno y la oposición, la práctica totalidad de los medios de comunicación y tanto los sectores empresariales como la cúpula sindical, a las que últimamente se sumó la Nunciatura Apostólica. Estos importantes actores repiten el mismo discurso y argumentan que “la totalidad” del país

(*) J. da Cruz es geógrafo y analista de información en CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social).
Publicado en Ambiental.net el 20 de abril de 2006. Se permite la reproducción siempre que se mencione la fuente.

comparte esta alineación, como gustan decir algunos periodistas y políticos. Eso no es cierto. La oposición existe pero no tiene tribunas, sus argumentos no acceden a la difusión o lo hacen con limitaciones, su intención es permanentemente cuestionada y los ataques oficialistas contra ella han sido, por decirlo con delicadeza, severos. Hay un proceso de exclusión en marcha, parte del cual es incluso dudar del carácter ciudadano y la pertenencia nacional de los opositores. En realidad, es mucho lo que está en juego: las heridas que se están generando en la relación entre el gobierno y los ambientalistas tendrán consecuencias para el futuro político del país.

Definir qué discutimos

Como expresa un periodista: “No estamos discutiendo sobre la instalación de dos o tres plantas de celulosa, /.../ estamos definiendo un modelo de desarrollo nacional, su relación con el medio ambiente, el uso integral del territorio y su impacto sobre la economía, la producción y mucho más importante sobre el conjunto de la sociedad” (Valenti, 2006a). Esta declaración la podría firmar quien quisiera, pues es muy cierta: las plantas pasteras son la parte visible de un proyecto que abarca la vida de por lo menos dos generaciones de uruguayos. Sin embargo, es ese proyecto lo que en realidad no se discute. Se da por hecho que tal proyecto viene de atrás, del fondo de la historia, obra de anteriores gobiernos. Esta obra suele ser calificada en los medios oficialistas como “la herencia maldita”; en este caso específico hace honor a tal nombre.

¿Podría haberse discutido tal proyecto, no era posible renunciar a esa herencia o por lo menos modificar los términos testamentarios? Parece que no. Hubo un cambio de gobierno que se calificó, con razón, de histórico y que se anunciaba que haría temblar las raíces de los árboles, pero la transformación prometida no incluyó una revisión del proyecto de producción de celulosa. Esta revisión hubiera exigido una batalla ideológica contra los sectores más duros y puros de la globalización, el Banco Mundial y la elite inversora y política local, y es evidente que el gobierno no consideró que había que dar esa batalla. Por otra parte, la ecuación fábrica = empleo está tan arraigada en el imaginario social que cualquier duda sobre su formulación resulta políticamente incorrecta y pasto fácil de ataques de intención demagógica. Sin embargo el artículo citado sostiene que “estamos definiendo un modelo de desarrollo nacional, su relación con el medio ambiente, el uso integral del territorio y su impacto sobre la economía, la producción y mucho más importante sobre el conjunto de la sociedad”. Eso no es cierto: no estamos definiendo nada; estamos aceptando lo que definieron otros, sea cual fuere ese “nosotros” de referencia.

Sigue el periodista: “A partir de esta realidad, el país debe definir si quiere ser un exportador de materia prima básica /.../ o si participará del proceso industrial y agregará valor, trabajo y tecnología a la madera. La opción ha sido clara: comenzar a transitar por el largo proceso de industrialización” (Ídem). Este corto pasaje es muy interesante. En él se reconoce que “el país debe definir”, pese a que en el pasaje anterior se había establecido que la definición estaba en proceso, y estaríamos de acuerdo si se dijese “debería” definir: el conjunto de los ciudadanos no lo estamos haciendo, no tenemos espacio para definir nada. Por otra parte, ¿quién es “el país”? ¿Será “el país” un equivalente del gobierno, un equivalente de las empresas? ¿Cuál es el actor que “debe definir”? La afirmación suena bien pero es falaz: la definición ya está tomada, no hay dudas ni consideraciones tal como se ha afirmado ante los reclamos, justos o no, de ambientalistas y gobernantes argentinos.

¿Y qué es lo que se “debe definir” aún, pese a que ya está definido? Es si el país “quiere ser un exportador de materia prima básica /.../ o si participará del proceso industrial /de la madera”. No es poco. Ahora bien, ¿qué significaría elegir entre esos dos polos? Ni más ni menos, que elegir entre el atraso y la modernidad, la pobreza colonial y la riqueza industrial. Y se supone que... ¡un país “quiere” y “elige”!, como si fuera cosa de capricho y accionar volitivo y no ubicarse en una complejísima red de relaciones globales. ¿Quién –ya que se humaniza algo tan abstracto y complejo como un país– elegiría el atraso? Nadie, salvo algún personaje literario objeto de escarnio y moraleja.

Estas afirmaciones intentan embretarnos ante una conclusión predeterminada: el proceso de industrialización es el de las plantas pasteras; lo demás, otras posibilidades de la madera como fuente energética o material de construcción, viene en segundo plano. Se nombran la “madera sólida en sus diversas variantes y eventualmente /.../ la producción de papel-cartón”. La introducción del adverbio “eventualmente” relativiza lo de la producción de papel y está bien, ya que en las publicaciones de la industria papelera se indica que la tendencia es a deslocalizar de los países centrales la gran producción a granel de pasta de celulosa, pero no la de papel. La celulosa se produce masivamente donde están las plantaciones; el papel donde se consume. Según el Informe sobre la situación social en el mundo de la ONU de 2005, página 88, numeral 245, el 20 por ciento más rico de la población de los países de mayores ingresos consume el 87 por ciento de todo el papel, mientras que el 20 por ciento más pobre sólo consume menos del 1 por ciento. Sumando estos datos es difícil, pero claro está que no imposible, que Uruguay se transforme en una potencia papelera. Finalmente, en una cabriola retórica el artículo afirma que “la opción ha sido clara” –pese a que “el país debe...”– y la opción es la industrialización, obviamente, y la industrialización es la pasta.

En la misma línea de pensamiento, otro artículo dice: “Donde Botnia fabricará pulpa, hoy existe una astilladora de pinos y eucaliptos: Uruguay exporta astillas baratas e importa papel caro. La inversión /en ambas plantas/ (US\$ 1800 millones; la mayor en la historia del país) ayudará a transformar una economía que, hasta ahora, cambió materias primas por manufacturas” (Santiago, 2006). El mensaje es claro: exportamos astillas (materia prima) e importamos papel (manufactura), es decir, no somos favorecidos por los términos de intercambio. Gracias a la inversión en las pasteras obtendremos manufacturas baratas (?) pues también produciríamos manufacturas (?), ya que esa inversión “ayudará a transformar” la economía uruguaya, dependiente “hasta ahora” y ya no más. ¿Cómo ayudará a transformar la economía? ¿No se escuchan las voces que advierten de su probable efecto negativo en la economía regional y en las posibilidades de exportación de productos agrícolas a futuro, en el creciente mercado de productos llamados orgánicos? ¿Se insiste en nombrar a esos traídos y llevados 1800 millones, cuyo destino es mayormente la compra de insumos industriales en el exterior? La pasta de celulosa es una materia prima más, y su industrialización es una especie de minería practicada en el reino vegetal que no aporta industrialmente al país más de lo que aportaría una explotación extractiva.

Supongamos que sí, que esta industrialización celulósica es deseable y positiva. ¿Implica eso que Uruguay decidirá a quién venderle y cuánto, tendrá algo que decir en la fijación de precios del producto? Es muy dudoso: las transnacionales poseen la tierra y los árboles, tercerizan la tala mientras les venga bien y después la automatizarán, producen en sus plantas –instaladas en zonas francas exentas de la soberanía nacional– embarcan la materia obtenida desde su puerto en sus barcos y la traspasan a sus fábricas de papel del otro lado del mundo. Ah, y además contaminan, en lo que todos, industriales incluidos, estamos de acuerdo. Nuestro país es una especie de vientre de alquiler, nada más, y seguiremos exportando materia prima solo que bajo una nueva forma que conviene mejor a los intereses industriales transnacionales. Cualquier parecido con un enclave colonial es pura coincidencia.

El río, ellos y nosotros

El artículo anteriormente comentado agrega: “No hay piquete, ni corte de ruta que nos obligue a los uruguayos a entregar nuestra dignidad. Y a esta altura la decisión soberana de elegir nuestro modelo de desarrollo, que no afecta en absoluto los intereses de los argentinos ni los entrerrianos, es eso: dignidad. Lo demás son prejuicios” (Valenti, 2006a). Esto es muy importante: políticos y periodistas han logrado llevar los hechos a simbolizar otra cosa que lo que son. Ante las protestas argentinas se habla mucho menos de las pasteras –que se insiste en llamar “papeleras”– y mucho más de lo injusto que nosotros, un pequeño y valiente país, seamos avasallados por el vecino gigante y prepotente.

Otra vez estamos ante una disyuntiva: dignidad o prejuicios. Daría la impresión que el auto arrogado derecho a hacer lo que “al Uruguay” le venga en gana es lo digno; las críticas a la industria de celulosa son

prejuicios. Sin ánimo de profundizar si “dignidad” y “prejuicio” son términos antagónicos, en este caso “prejuicio” pasa a funcionar como sinónimo de “indigno”. Conclusión provisoria: las críticas a las pasteras, pues de eso se trata y no de otra cosa, son prejuicios indignos. ¿Y quién es capaz de hacerse defensor de prejuicios indignos? Alguien que es –supongamos– o bien poco informado y poco inteligente, o definidamente malvado y caprichoso. La demonización de los críticos a la instalación de las pasteras está en camino; peor aún: los críticos son antipatriotas, antiuruguayos, casi como si aplaudieran a algún rival del seleccionado nacional de fútbol. Es claro que estamos en pleno chovinismo: generalizaciones tan peligrosas como “los argentinos” o “los uruguayos” brotan cual flores del mal en crónicas, declaraciones oficiales y noticieros. Ya no se trata de plantas pasteras: es “nuestra dignidad nacional” contra “ellos”. Lo curioso es que las pasteras menos “nacionales” no podrían ser, pero poco importa eso a estas alturas.

Poco se dice si las protestas argentinas tienen o no un contenido razonable, pero mucho sobre la calaña de las autoridades de la provincia de Entre Ríos, su inconsecuencia y su doble moral, sus vueltas de carnero políticas en cuanto a la localización industrial de plantas pasteras, y hasta se reprocha al diariamente citado gobernador Busti su silencio en épocas de dictadura (!), lo que puede ser criticable pero está bastante lejos de la discusión sobre los posibles efectos contaminantes de una instalación industrial. Descalifiquemos al mensajero, pues mensajero y mensaje parecen ser lo mismo; transformemos todo en aporías morales pues eso nos llevará lejos de la incómoda realidad. No entraremos al análisis de esta vertiente de la polémica, pero en el choque de posiciones entre los países limítrofes del río epónimo un hecho es incontestable: la diferencia de calidad, profundidad y precisión entre los informes presentados por las delegaciones uruguayas y argentina ante el Grupo Técnico Binacional de alto nivel para el estudio de las plantas de celulosa. Están en Internet; es cosa de leerlos y sacar conclusiones propias.

Sin embargo, artículo tras artículo insisten en lo inaceptable de las protestas argentinas. Véase otro ejemplo: “Es evidente que Uruguay si no se quiere vivir en una sociedad pastoril comercializando solo su carne y, eventualmente, su lana o coyunturalmente parte de su producción agrícola –siempre dependiente de naciones industriales, debe sentirse capaz de administrar los riesgos ambientales y no renunciar a las fábricas que dan trabajo a la gente– se necesitan reglas que recorten los riesgos” (Santiago, 2006). Aparte de la prisa evidente en la entrega del artículo a prensas, que colabora a una puntuación errática, la idea es clara: si “Uruguay” quiere salir de su condición “pastoril” –¡sin la celulosa estamos en la preagricultura, diez mil años atrás!– “debe sentirse capaz de administrar los riesgos ambientales y no renunciar a las fábricas que dan trabajo a la gente”. Sentirse capaz de administrar riesgos no es lo mismo que desarrollar capacidad para hacerlo, estudiar la vulnerabilidad, fortalecer las instancias de control a todos los niveles, discutir garantías y seguros ambientales o resguardarse detrás del principio de prevención. En el hipotético caso de que un país lograra “sentirse capaz” de algo, sería otra expresión de voluntarismo: “yo” –el país– soy macho y me las banco. De otro modo, el país debe “renunciar a las fábricas que dan trabajo a la gente”. La última parte de la cita es un ejemplo lamentable de mala fe: la opción por algo menos contaminante, por una industria de la madera con riesgos controlados y minimizados en lo posible y a escala moderada, sería una renuncia; además, la conservación ambiental no es compatible con los puestos de trabajo y puede sacrificarse para favorecer a “la gente”, tal como han sostenido los sectores más retrógrados de la socialdemocracia europea en las últimas décadas, y algunas autoridades nacionales contemporáneas. Sin embargo, se reconoce la necesidad de reglas sobre los riesgos y en ese contexto no imaginamos qué podrían regular esas reglas para no menoscabar nuestras posibilidades de dejar la Edad de Piedra.

Sin embargo, lo peor y más lamentable viene a continuación: “Lo otro son las posiciones reduccionistas, cerradas, profundamente conservadoras que quieren a un país paralizado, metido en el pasado, presuntamente “natural”, quebrado en su posibilidad de desarrollo y cerrado al progreso con consignas, tan fuera de época como alejadas de los modernos y competitivos medios de producción” (Ídem). Quienes se oponen a las plantas pasteras defienden posiciones “reduccionistas”. Según Wikipedia el reduccionismo es un método que “consiste en asumir que el mundo que nos rodea puede ser comprendido en términos de las propiedades de sus partes constituyentes.” Como suponemos que el autor quiere denostar y no alabar, suponemos entonces que acusa a sus oponentes de simplismo y falta de contexto, lo mismo que puede decirse de su “no

renunciar a las fábricas que dan trabajo a la gente”. Para peor, los reduccionistas “quieren” un país a) paralizado; b) metido en el pasado; c) presuntamente “natural”; d) quebrado sin desarrollo; e) cerrado al progreso. Además, ese país tendrá consignas a) fuera de época; b) alejadas de los medios de producción b1) modernos y b2) competitivos. Por falsación, reduccionismo o lo que sea, se deduce que los partidarios de las pasteras quieren un país a) movilizado; b) metido en el futuro; c) presuntamente “artificial”; d) entero –o próspero– con desarrollo; e) abierto al progreso; además defenderán consignas de acuerdo a la época y cercanas a los medios de producción modernos y competitivos. Acción, fuerza, progreso, futuro: cuatro sustantivos que se repiten en la argumentación pastera. Y consignas.

Este castillo de epítetos opone dos imágenes, ambas falsas. Ni los partidarios de las fábricas de celulosa pueden adjudicarse la exclusividad de la defensa del progreso o la modernidad, ni los opositores predicán el regreso a una edad idílica e inexistente: ya no estamos en la época del pensamiento único. Todo concepto puede discutirse, y hoy, más que nunca antes, estos dos conceptos de progreso y modernidad están en medio del debate: una prueba de ello son los artículos que comentamos. Además, ¿cómo sería esa “apertura al progreso”, que proclama el autor? ¿Son las plantas pasteras? Cuesta también imaginarse consignas ubicadas más cerca o más lejos de los medios de producción. ¿O se supone que “no a la celulosa” es “no a la producción”? Si eso es así, en ese caso la suposición sería, una vez más, una expresión de mala fe. En los dos artículos citados hasta aquí campea la demagogia: quienes defienden el ambiente y se oponen a la instalación de las pasteras son enemigos “del pueblo”, del “laburo”, no quieren “al Uruguay”. Peor aún; son “pitucos” pagados por quién sabe qué fuerza oscura, como consta en los ejemplos que pasamos a comentar.

Ballenas cholulas

Estos ejemplos provienen de declaraciones de personeros de la coalición gubernamental. El activista político Julio Marenales dijo el 13 de diciembre de 2005 en el diario La República: “Yo le digo /.../ principalmente a los ecologistas: ustedes van al baño y usan papel, a no ser que se limpien con pasto. O sea que si siguen necesitando papel para el baño, en algún lugar hay que fabricarlo.” Carlos Gamou, diputado, declaró el 17 de enero de 2006 en el mismo diario, luego de la “invasión” de Greenpeace: «Es absolutamente intolerable que se pretenda subvertir la soberanía nacional por parte de estas organizaciones con el apoyo lamentable de algunos miembros de la farándula cholula que se presta a salir en la TV en contra de los intereses de Uruguay. Les haría falta escuchar un poco más el ruido insoportable de niños con hambre y dejarse de joder con el ruido de los pajaritos.» Finalmente, el senador Eleuterio Fernández Huidobro escribió el 22 de diciembre de 2005 en su columna del diario La República: “...por lo que entre otras cosas será muy difícil pensar que algún día dejen de plantarse bosques en Uruguay por más que así lo pretenda la izquierda cholula, amante de los pajaritos y de las ballenas blancas, hija de la bobeta, apartada de la realidad pero debidamente muy bien financiada por las ONG de cada uno de los bloques y la cholulez planetaria (un mercado de sopa boba nada despreciable para pasarla bien diciendo pavadas).”

Envuelta en las nubes populacheras –“que se limpien con pasto”, “dejarse de joder”, “pasarla bien diciendo pavadas”– hay una argumentación: su objetivo es establecer una diferencia entre “ellos” y “nosotros”. En este caso, “ellos” son Greenpeace y sus adláteres los ambientalistas; “nosotros” quienes defienden las pasteras y por extensión “el país”. Un primer argumento es el del uso del papel, ejemplificado en este caso con un símbolo del confort y la modernidad: el papel higiénico. Además de un tintecillo escabroso, que queda bien si el argumento se quiere presentar como “popular”, el valor simbólico del papel higiénico como conquista cultural es muy fuerte, así como la importancia psicológica de los excrementos y su eliminación.

Cuando la derecha chilena comenzó sus campañas de acaparamiento de productos básicos para desestabilizar al gobierno de Salvador Allende, lo primero que desapareció del mercado fue el papel higiénico: su falta significaba la “vuelta a lo primitivo”, la ofensa contra una conquista íntima, la pérdida de un signo civilizatorio enfrentado a lo rústico y salvaje. Así como a los presos de Guantánamo y Abu Grahیب se los obliga a utilizar hojas del Corán para la higiene, así como los presos de Pinochet en el Estadio Nacional de Chile tenían que

utilizar pedazos del diario Granma, los ambientalistas utilizarán el pasto si no se instalan las plantas de celulosa. Claro está que el papel higiénico no se fabrica con la pulpa Kraft para impresiones de lujo que saldrá de Fray Bentos sino que mayormente con papel reciclado, pero ¿qué significa ese detalle cuando lo que se busca es una argumentación a nivel simbólico? Los ambientalistas son partidarios de lo salvaje y primitivo; peor aún, son unos hipócritas que en vez de utilizar pasto en su trasero utilizan las bendiciones de la técnica y la industria mientras dicen que se oponen a ellas.

El segundo argumento apela a la indignación y considera “absolutamente intolerable” que se “pretenda subvertir la soberanía nacional”. ¿Rebelión cuartelera, invasor imperialista? No: una protesta de Greenpeace, que como tantas veces a lo largo de estas últimas tres o cuatro décadas a la ancho del mundo hizo una acción ilegal de propaganda y aceptó sus consecuencias mediante la resistencia pacífica. El tono de la declaración no baja cuando se califica a los aliados nacionales de esta acción apátrida en la planta en construcción de Botnia: con condescendencia se gradúa la calificación con el adverbio “lamentablemente” para referirse a su complicidad: Greenpeace sería “el extranjero”; sus secuaces, “lamentablemente nacionales”. Es fácil echar la culpa a los extranjeros; es un factor de “unidad nacional”. Muchos recordarán la persecución del golpista Pinochet contra los latinoamericanos exiliados, que a tantos costó la vida, y a quienes se echaba la culpa de los males de Chile. ¿Y quiénes son esos lamentables nacionales? Son algunos –no todos– “miembros de la farándula cholula que se presta a salir en la TV en contra de los intereses de Uruguay”.

Es difícil establecer el significado más o menos claro de la expresión “farándula cholula”, pero parece apuntar a frivolidad, liviandad, novelería, tilinguería, tal vez incluso guaranguería. Serían quienes siguen a Greenpeace pero no por convicciones sino porque tiene *glamour*, es *fashion* y *cool*. En esa bolsa caben todos los ambientalistas. ¿Qué respeto pueden merecer? Ninguno. Menos respeto aún si “se prestan a salir en la TV” nada menos que ¡en contra de Uruguay! Quien no se opone bullangueramente a las acciones de Greenpeace, es decir por extensión todo aquel que se oponga a las fábricas de celulosa, es un frívolo enemigo de la patria: a un paso queda la recomendación de ponerlos en la picota, la cárcel, el exilio o tal vez el paredón de fusilamiento. Pero los insultos no acaban: los ambientalistas –así, al barrer– además de casi-no-personas son sordos: no escuchan ¡el ruido insoportable de los niños con hambre! No se aclara qué factor de actividad en tales niños origina el ruido ¿Habría algún remedio para estos sordos antipatriotas, parias de la existencia? Sí, “dejarse de joder con el ruido de los pajaritos” y priorizar la audición del ruido supracitado. No es un consejo; es una orden.

Si hicieran caso, al parecer, podrían reintegrarse, de algún modo, a la sociedad. Aparte de que significaría que el oído humano está capacitado para escuchar solamente un “ruido” por vez, cabría preguntarse porqué escuchar uno de esos ruidos es presupuesto de descalificación y el otro no. No se trata de reaccionar ante un eventual estímulo proveniente del ruido, sino de escucharlo; no se trata de tomar medidas para aplacar ese ruido de niños con hambre sino de abandonar el de los pajaritos. Si el tema de los niños con hambre no fuera una dura realidad que enfrentamos día a día –seamos partidarios o no de las pasteras–, la expresión movería a risa. No lo hace. Tal expresión contiene un intento de demonizar a la oposición y darle un sesgo pseudo clasista, populista: oponerse a las pasteras, así como escuchar el “ruido” ornitológico, son artículos de lujo que solo puede permitírselos una clase privilegiada, no “el pueblo” que “quiere” las pasteras. Aquí se están sembrando semillas de odio, concientemente, y si esa es la defensa de las pasteras demuestra gran debilidad argumental.

Lo grotesco y absurdo de estas afirmaciones les quita toda seriedad, pero resaltemos por oposición las condicionantes del carácter que corresponderían a quienes, según este legislador, defienden las plantas de celulosa: serían miembros serios de la sociedad civil, no cholulos, que no se prestan a salir en la TV –y si lo hacen es para defender los intereses de Uruguay–, además de estar capacitados para escuchar el ruido insoportable de los niños con hambre. Además, tales personas no “joden” con los pajaritos, un molesto objeto de odio que simboliza, suponemos, toda la naturaleza. El proyecto de país que puede dibujarse a partir de estas coordenadas reafirma el carácter de oposición entre cuidado del ambiente y desarrollo, pues es de suponer que el ruido no especificado de los niños hambrientos significa subdesarrollo, ya que las pasteras presentarían el signo contrario y ruidos más armónicos.

El tercer ejemplo abunda en más epítetos, y refleja en parte los argumentos del anterior. Vuelve a aparecer “lo cholulo”, pero caracterizando a cierta izquierda, una izquierda cholula con predilección por aves silvestres y mamíferos marinos, lo que la descalificaría. Por qué tales preferencias zoológicas serían descalificadoras no se explica. Hay también un factor genético de oscuro significado pero aparente importancia fundamental: tal izquierda es “hija de la bobeta” (?), pero no queda claro qué implica ser engendrado por tal antecesora.

Peor aún en su oscuridad es la referencia a quienes financian a esos grupos de izquierda, pues se trata de “las ONG de cada uno de los bloques y la cholulez planetaria”. Si se dice “cada uno de los bloques” puede significar dos o varios bloques y es difícil orientarse en la determinación del carácter de tales bloques. Veinte años atrás hubiéramos apostado a la CIA y la KGB; hoy tal vez se pretenda referir al Mundo Libre y al Eje del Mal, y esto siempre que se trate de dos. Ahora bien, en tales bloques se presupone la existencia de sociedad civil pues existen ONG con capacidad de financiar a alguien. Tal vez sean los bloques propasteras y antipasteras, pero la acusación entonces carecería de lógica así como también lo haría si los bloques fueran proavícolas y antiavícolas.

Queda la sospecha de si por “bloques” no se está hablando de uruguayos y argentinos, lo que sería lamentable y terriblemente penoso. Sin embargo lo importante del argumento no es eso, sino sembrar más dudas: los opositores son pagos, representan intereses espurios, son mercenarios de alguien. No importa definir a ese “alguien”, basta con insinuar que son “financiados”. Para empeorar las cosas, además de los bloques, los financia otra fuerza indefinida pero igualmente odiosa: la cholulez planetaria. La definición de su contenido está entre paréntesis: es “(un mercado de sopa boba nada despreciable para pasarla bien diciendo pavadas).” No reconocemos el significado de estas expresiones, pero como su autor es también autor literario reconocemos su derecho a las licencias poéticas.

La frivolidad como arma de combate

Es interesante comparar estas voces, llamémosle gubernamentales, con las voces coincidentes de la oposición política. Entre muchos ejemplos posibles haremos referencia a una voz perteneciente a un medio de prensa de la oposición. Se trata de un artículo bien escrito, si por ello entendemos el estilo usual en los *magazines* estadounidenses: el autor se pone por encima de la contingencia, resalta las facetas pintorescas del tema y centra la descripción en destinos individuales que se supone representan “todas las campanas”. Como “drama humano” –pues hay una prensa exitosa cuyo destino es referir dramas humanos–, la lucha a favor o en contra de las plantas pasteras es apasionante y agonal pero de peso relativo y poca importancia frente a la “información objetiva” que se va dosificando a lo largo del artículo y muestra sin discusión posible las virtudes de la industria. Claro está, los opositores están en su derecho y toman la palabra, pero son como las moscas: causan molestias y son inevitables, pero la verdad está revelada desde hace rato.

El movimiento de apertura es efectivo: “Cáncer, muerte, coimas, uruguayos, cortes, ruta, traición, sordera, insensibilidad. De lejos, se escucha a la Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualguaychú repitiendo las palabras claves.” El *reporter* está allí, se comunica desde el frente de lucha y la acumulación de sustantivos de contenido dramático en este contexto hace que estos anulen su poder comunicativo: lo que escucha de lejos es a un grupo humano en situación algo caótica, tal vez en el caos habitual entre los ambientalistas que gira en torno a palabras claves; no son hechos, son palabras. Esas palabras claves forman un *mantra*; es lo acostumbrado, una letanía.

Se nos ofrece después una toma con el *zoom* y el relato se centra en un individuo, un joven ambientalista. Está ubicado entre “los futuros cracks de la agitación” y es “un chico de lentes como cualquier otro, un adolescente con el dedo hacia arriba como tantos”, pero tiene algo especial: “su valor agregado no consiste solo en su elocuencia, sino en el hecho de que proviene del otro lado del río, un fraybentino que se unió a la lucha de Gualguaychú contra las plantas de celulosa. Su interés por los perniciosos efectos de la dioxina se ha convertido en una pasión sustitutiva a la furia hip-hopera de Eminem” (Álvarez, 2006). La descalifica-

ción del personaje es completa pero *light*, intenta cierto humor irónico y hace referencias a la cultura *pop*, lo que indirectamente estaría indicando que toda su actitud es *pop* y *light*, reduciendo la posible actividad del chico a algo revoltoso, juvenil, intrascendente, una especie de travesura que sustituye al *hip hop*.

Pero la travesura de este adolescente no está exenta de crueldad: “Su padre, un ingeniero agrónomo desocupado, es uno de los más de 10 000 trabajadores que solicitaron empleo en Ence y Botnia. Lo prefiere sin empleo, sin autoestima y sin dinero antes de que colabore con el supuesto demonio corporativo multinacional.” La desmesura de la suposición acerca de las preferencias del activista es tan sibilina y malintencionada como la “denuncia” de que el padre de tal engendro –¡alguien que se alza contra su padre!– pidió trabajo como 10 000 otros en las empresas pasteras que le solucionarán la vida, pues le darán empleo, autoestima y dinero pese a las críticas de su hijo. Es el primer pasaje del artículo en que se asume la defensa abierta de las pasteras.

A renglón seguido se nos informa que en la Argentina no hay oposición a las pasteras sino una guerra, y hay un estilo entrerriano de hacer la guerra, estilo que el autor conoce: “Gualeguaychú vive su guerra al estilo entrerriano: sin estridencias pero a muerte.” La expresión de tal guerra es bastante pobre como acción bélica, y no comprendemos cómo podría matar a alguien: “En las vidrieras de casi todos los comercios hay carteles discretamente colocados pronunciándose contra las famosas papeleras del Uruguay.” No importa. Como les sucede a algunos periodistas de *Newsweek* cuando visitan el Tercer Mundo, en cualquier cosa descubren señales de algo que ya estaba en su mente antes de bajar del avión. De paso se habla de “papele- ras”, error tan reiterado que da para sospechar si no es un intento de embellecer la realidad.

Los nativos que encuentra el *reporter* son definitivamente graciosos y exagerados, y sus temores sobre la contaminación mueven a la risa irónica: “Por más que la duda sea un beneficio legítimo, cualquier entrerriano en cualquier conversación casual se lanza a imaginar a sus nietos llegando al mundo con dos cabezas y a buena parte de sus conocidos muriendo de cáncer en los próximos dos lustros. Creen que la zona será la de mayor índice de calvicie del universo, contando obviamente a Kriptón.” Las nuevas referencias a la cultura *pop* y la ridiculización de los puntos de vista que se adjudican a los entrerrianos, refuerza el espíritu de liviandad de la nota, disfraz para un tono categórico que no deja dudas sobre su alineación con la “verdad única”. Los temores en cuanto a la salud en el futuro son pintoresca basura, puro blablá ubicado en “cualquier conversación casual”, es decir, lejos de la Academia o la investigación empresarial. Sin embargo el temor es un componente importante de la percepción de riesgos, sea justificado o no, y la forma de contrarrestarlo no es encogerse de hombros y transformarlo en *infotainment*, sino una discusión política, pero eso está lejos de suceder. Es más económico, más rápido y más efectivo desestimar los temores mediante la ridiculización, como en este caso, y queda aquel recurso mágico - científico contra todo mal que es confiar en que no va a pasar nada.

Desde Entre Ríos el *reporter* va a visitar a la otra tribu en conflicto, y en su aldea el clima es por completo diferente: “En el vecino Fray Bentos el silencio parece sinónimo de apoyo a las plantas. /.../ Las carreteras y las grúas en el puerto de Ence o la gran chimenea de Botnia les están diciendo por primera vez en mucho tiempo que las cosas van bien.” Los símbolos de progreso y bienestar brotan del humus litoraleño y son señal de que, por fin, se está recorriendo el camino correcto. Pero el autor no puede con su genio y transforma el asunto en otra expresión *light*, en este caso referida al deporte: “Algunos hasta se animan a tener su empresa preferida. Les gusta el estilo Botnia de alto perfil, de fuerte apoyo a la comunidad. /.../ A otros les causa más simpatía el bajo perfil de Ence y su apertura a la comunidad, o su reserva de fauna por donde ya desfilaron en 2005 más de 3 000 escolares.” Es verdad que ambas empresas han invertido mucho dinero en relaciones públicas, viajes, regalos, útiles escolares. Para el cronista su grado de aceptación es tal que son aplaudidas y comparadas como cuadros de básquetbol de diferente “estilo”, mientras las niñas con sus pompones y estandartes hacen ejercicios gimnásticos para entretener al público antes de que empiece el partido. Las empresas son “buenas”, aportan a “la comunidad” y hasta se preocupan, como Ence, de la conservación de la biodiversidad y la instrucción de las futuras generaciones. ¿Corresponde hacer algo más que aplaudir? Aquí no hay drama, como en los pesados informes de los ambientalistas aburridos, sino gustos, preferencias, satisfacción.

Pero como el periodismo persigue la objetividad y hay voces discordantes, estas deben tener un espacio: son la oposición, son los personajes como aquel futuro crack de la disidencia con valor agregado. La oposición en este caso está representada por dos individuos: “la profesora de literatura jubilada Delia Villalba” y “la doctora Julia Cóccharo, una próspera odontóloga”. Evidentemente, una jubilada y una académica, además próspera, no necesitan trabajo; por otra parte, ni una dentista ni una profesora nada menos que de literatura podrán decir algo serio y técnico sobre un tema de ciencia dura y de tecnología avanzada. ¿Será por su condición de privilegio que se oponen a las pasteras? Pertenecen a un movimiento local que reúne “apenas una decena de militantes y el resto son adherentes que no quieren darse a conocer”. Una especie de PyME familiar, algo así como un quiosco de quinielas. Esto se da en un marco de pasividad: el enviado especial habla del “inquietante silencio de toda la ciudadanía local”, de que los entrerrianos “se preguntan por qué sus vecinos de enfrente no realizan marchas a favor de las plantas”.

Sorprendentemente, esa pasividad que parece haberseles adherido a los opositores, cambia en el párrafo siguiente: “En el otro polo de esta agitada militancia ambiental rionegrina esta la ex activista social devenida en periodista Sandra Dodera, líder de la ONG ambientalista Modesa.” Aparece una súbita “agitada militancia ambiental” y se olvidó la pasividad; hay cambio y movimiento por contraste con lo anterior. Ante el anonimato de una profesora y una dentista, esta otra líder ambientalista local es famosa y nada menos que “jaqueó al ministro Juan Andrés Ramírez y al gobierno del presidente Lacalle.” Aparte de héroe es presentada como mártir, pues “el calvario que le tocó vivir” por su activismo incluye el desempleo y hasta la prisión, “una vendetta contra su irreductible activismo social.”

¡Hasta los jaqueadores del poder luchan por la industria de la celulosa, por contraste con esas pacíficas señoras que están en contra! Lo activo, lo avanzado, lo comprometido socialmente, está por las pasteras; aquí hay agitación y frenesí; allá hay inmovilidad y quejumbre. “/A/ muchos les sorprende que la rebelde militante en contra del poder establecido sea ahora una incansable luchadora a favor de las papeleras en el debate social.” Incluso los rebeldes incansables opositores del poder tienen un lugar junto a las pasteras, nuevamente llamadas papeleras, lugar que se niegan a ocupar una decena de fraybentinos pasivos. De pasada queda claro qué es lo establecido, qué es el poder. De ahí la extrañeza –¿extrañeza de quién?– causada por la toma de posición a favor de las papeleras de la activista entrevistada. Compárese el léxico cuando se comenta la oposición a las pasteras –jubilada, próspera, apenas una decena, inquietante silencio, no quieren dar la cara, no hacen marchas– con el léxico utilizado para comentar sobre sus partidarios: agitado, activista, devenir, liderazgo, jaquear al poder, sufrir un calvario, irreductible, rebelde militante, incansable. Además, partidarios y opositores, ambos son ambientalistas: se puede ser ambientalista y estar a favor de las pasteras. Esta elección de expresiones no es inocente; puede ser, sí, espontánea.

Más elementos dinámicos se agregan con una referencia simbólica interesante: “La gran chimenea /de Botnia/ que tanto molesta a los entrerrianos”, un “falo de 120 metros de alto /que/ dice con su sola presencia que tendrán que pasar muchos carnavales en Gualaguaychú antes de que a los finlandeses se les ocurra dudar de su permanencia en Fray Bentos”. La referencia al macho, lo asertivo, la acción, lo decisivo, queda en el texto como introducción a declaraciones de un representante empresarial: «La filosofía de la empresa es tratar de hacer bien las cosas. Si querés seguir nuestro camino, bien. Y sino también. Pero nosotros no nos vamos a mover de nuestro objetivo ni un centímetro». Las declaraciones reafirman la simbología del falo humeante: si te gusta bien y si no también. Estamos por el progreso, y ningún hijo de la bobeta va a estorbarnos. Hay un autoritarismo expreso en las posiciones oficialistas, reforzado por la famosa declaración del Presidente de la República de que no nos íbamos a dejar “patotear”.

Pero ese autoritarismo es expresión en realidad de un paternalismo bondadoso como aquel de los patrones industriales que fundaban pueblos para sus empleados como en *Sunlight*, ya que su presencia “generó procesos de paz sindical no conocidos hasta ahora.” ¿Qué puede entenderse como pacífico e inédito, cuál es la novedad –una más– de la gran renovación nacional y la modernidad que aportarán las pasteras? La novedad es que Botnia “absorbió algunos de /los/ principales dirigentes nacionales” del “combativo Sindicato Único de la Construcción, puso al gremio al frente de la seguridad de la obra y ahora analizan al gremio para ser

candidato a gestionar la cantina para los 4 500 empleados.” ¿Qué más se puede pedir de esta empresa, tan injustamente criticada, que casi ha formado un soviét junto al río Negro? No es de extrañar entonces que el Sunca apoye las pasteras. El poder empresarial es tan grande y justiciero que hasta logran doblegar a un “combativo sindicato”, lo que debería ser un ejemplo para las clases propietarias del país que siempre han anhelado hacer lo mismo.

El tono optimista, positivo, de mente abierta, continúa en la alabanza del progreso tanto en tierras de Botnia como de Ence: se ha finalizado una carretera “completamente iluminada”, hay un muelle “para barcos de hasta 250 metros de eslora. Las cordilleras de rolos y de astillas ya esperan que hasta allí lleguen barcos de hasta 12 metros de calado.” Eso son obras, y completamente iluminadas. Hay cordilleras de material (!) en espera de barcos de 250 metros, como para que nos quedemos con la boca abierta. Las empresas pagarán obras, invertirán; avanzan con firmeza, tal como demuestra “el impenitente paso triunfal de Ence sobre la nada”. La “nada” es lo que existía antes en M’Bopicuá, tal como “el desierto” al sur de Buenos Aires que el general Julio A. Roca conquistó en el siglo XIX. Un verdadero lenguaje de vencedores...

La voz de las mayorías

Dice otro artículo: “La reacción de los uruguayos ha sido compacta. El apoyo a la instalación de las plantas no es sólo del gobierno nacional, sino en forma unánime de los 19 intendentes, de todos los partidos con representación parlamentaria –con pronunciamientos muy claros–, de organizaciones sindicales, sociales. A nivel de la opinión pública hay una proporción de cuatro ciudadanos que apoyan y uno que se opone. No hay ningún otro tema que ofrezca un cuadro de unidad nacional como este” (Valenti, 2006b). El autor olvidó agregar en los apoyos un episodio único en la historia del país, algo patético: en una interpelación parlamentaria *sui generis*, la oposición ha hecho comparecer ante las cámaras legislativas al ministro de Medio Ambiente... para apoyarlo...

La proporción de cuatro a uno también es citada en otro artículo (Valenti, 2006a). Una encuesta de fines de 2005 daba que el 51 por ciento de los uruguayos se oponían a las pasteras, lo que llevó al escritor Eduardo Galeano a sugerir la realización de un plebiscito sobre el tema. En enero de 2006, en plena efervescencia nacionalista debida al conflicto fronterizo con los argentinos, otra encuesta dio resultados de 60 por ciento a favor y 16 en contra. Con el definitivo cambio de carácter del conflicto de un problema ambiental a uno de atropello de la soberanía y defensa del ser nacional, cambio provocado por los medios y los políticos, una proporción cercana al cuatro a uno no están en contra de la instalación de las plantas pasteras. Se nombra también como una señal de la gran aceptación popular del proyecto que en la ciudad de Fray Bentos 15 000 personas se han inscripto en listas de la empresa Botnia pidiendo trabajo, lo que para otras fuentes son 10 000 en ambas empresas (Álvarez, 2006). Con la tercera parte de la población del país bajo la línea de pobreza y más de la mitad de los jóvenes desocupados es muy explicable que haya sido así, y poco tiene que ver con apoyos u oposiciones.

A mayor abundamiento en este tema de los “apoyos” puede agregarse que la posibilidad de la oposición para hacerse oír ha disminuido desde que cesaron los debates en la televisión, debates que demostraron que la oposición a las pasteras tenía mucho para decir y el oficialismo bastante menos. Con el giro de los acontecimientos, el sesgo patriótico y nacionalista que ocultó el debate y una serie de demostraciones emblemáticas de “unidad nacional” quedaron aún menos posibilidades de debatir. Más de un político que había expresado tiempo atrás dudas sobre las bondades de las pasteras se ha vuelto afónico. Ence y Botnia están desde hace años pagando decenas de viajes a políticos, autoridades, científicos y periodistas para visitar sus plantas en Europa. ¿Qué sentido tendría tal inversión si no apuntara a cimentar opiniones favorables? También es un hecho que las compulsas sobre conciencia ambiental entre los ciudadanos hablan de un lento crecimiento de la misma, pero de todos modos la mayoría de los uruguayos da prioridad a lo laboral sobre lo ambiental, sin referencias a este caso específico ni matices en la respuesta.

Durante la campaña electoral, la actual coalición gobernante no expresó con claridad su opinión sobre el tema, pero sin embargo sus críticas a la política forestal y al tratado de inversiones con Finlandia, su aparente disposición a la defensa del ambiente y la voluntad de cambio recogida en el programa de gobierno generaron ciertas expectativas. El presidente electo comenzó su actividad previa al cambio de mando recibiendo a los ejecutivos de la empresa finlandesa; hasta el día de hoy, casi año y medio después, nunca pudo recibir a quienes se oponen a su instalación. Tampoco se explicó hasta qué grado estábamos encadenados por el tratado con Finlandia y hasta dónde tendríamos que bajar el pescuezo y aguantar lo que fuere para evitar juicios, multas y condenas, o si el tratado se podía renegociar. Un sinceramiento hubiera evitado mucho de lo que hoy acontece. Agreguemos que el nuevo gobierno quitó los subsidios a las plantaciones y revisó las categorías de terreno considerado apto para forestar, ambas medidas positivas, pero el tema de las pasteras recién, tarde y mal, está entrando en el debate ahora, en plena construcción de las instalaciones.

No hay nada mejor que un enemigo para cimentar la unidad en torno a lo que fuere, ejemplo que vemos a diario aplicado en la política internacional. La demonización de “los ambientalistas” al barrer –y siempre que se opongan– se personificó en el repudio a Greenpeace y a los cortes de ruta entrerrianos. Que puede haber otras formas de ambientalismo no interesa. De la literatura generada para demostrar el juego sucio, la mala fe y la casi crueldad de los activistas con Uruguay, recogemos algunos pensamientos: “Uruguay /.../ no acepta la violencia y la prepotencia de los piqueteros y de Greenpeace, que encontró un territorio para sus aventuras viajeras.” No “los hemos visto muy activos y excursionistas en las varias plantas que se han inaugurado en otros países, hace muy poco hay miles y mucho menos navegar los ríos argentinos para denunciar las tres plantas con tecnología que utiliza cloro, es decir tecnología anticuada y contaminante, que funcionan en la frontera con Paraguay. A pesar de que su sede está en Argentina.” Además, “no vimos ni los helicópteros plateados, ni los costosos botes neumáticos, ni las expediciones internacionales manifestándose en el corazón de Europa. Vinieron a Uruguay, en enero” (Valenti, 2006b). En la transcripción respetamos las formulaciones del original.

Si otro defensor de las pasteras acusaba a “los ecologistas” de sordera, estos pensamientos significan una acusación de “tuertez” si el término existe, ya que ven lo que quieren ver y solo con un ojo. Se acusa al oponente de no haber seguido determinado patrón de conducta, como si otro patrón pudiese cambiar su carácter de oponente en aliado, o por lo menos en un ente neutral que no merecería crítica. ¿Cambiaría la opinión del acusador si “los ecologistas” hubieran estado también en todos esos otros lugares que se mencionan, especialmente con sus helicópteros plateados y costosos botes neumáticos? No, seguramente se los acusaría de no haber practicado algún otro ritual o de no haber protestado contra aún más injusticias y atropellos. Es lo normal en estas circunstancias y ¿cuántas veces se ha escuchado aquel fraudulento pedido de principios vulgar de que “si sos comunista por qué no le das todo a los pobres, como la madre Teresa”?

Hay una mala fe explícita. Se está diciendo que los activistas son aventureros que viajan, no como uno, sacrificado laburante; acceden a caros vehículos no al ómnibus traqueteante de todos los días; son activos y excursionistas, no cumplen las ocho horas; integran expediciones internacionales, no como uno que se queda en su barrio tomando mate, y todo eso justifica que los consideremos objeto de odio, enemigos, extraños a nuestro mundo de honradez y valores sanos y establecidos. No se dice, además, que son jóvenes: podría haber sido un factor más para explotar como fuente de amargura y recelo. No importa lo que hacen, más allá de que infringen la ley y aceptan las consecuencias de ello pues acabaron en la comisaría. La crítica ataca su estilo y los medios de que disponen; la crítica se parece mucho a la envidia. Hay algo peor, estigma de su sevicia: en vez de haber ido al corazón de Europa en su peregrinar en busca de emociones, vinieron al Uruguay, en enero. La insinuación es clara: “ellos” eligieron ese momento para hacer daño al turismo, la economía, las finanzas y especialmente a los intereses de ese buen ciudadano del barrio, representados en este caso por la industria turística. Por similitud, el apoyo a las pasteras es el repudio a estos atrevidos invasores y sus socios vernáculos.

De esas groserías dialécticas está lleno el debate y sin duda que tales recursos y una actitud autoritaria son aceptadas por mucha gente como la verdad. Cuanto menos matices tenga el debate más se refuerzan las

posiciones extremas, pero esto es difícil de aceptar entre quienes llevan las de ganar: les conviene un tono conciliador y abarcativo. Véase un último ejemplo: “Las últimas incursiones /de Greenpeace/ no hicieron otra cosa que reforzar /la/ unidad. Pero no hay que confundirla ni con unanimidad, ni con nacionalismo primario. Seguiremos discutiendo, analizando, opinando y haciendo circular todas las opiniones. Hay y habrá ciudadanos que disienten. Están en todo su derecho y es parte de nuestra democracia” (Valenti, 2006b) Mientras los que disientan sean uno de cada cinco y mientras “las incursiones” no logren detener la construcción de las fábricas de celulosa, bienvenidos los ciudadanos que disientan pues ellos nos permiten reivindicar la metodología democrática. Además, cabe preguntarse, ¿quienes integran ese “nosotros”, sujeto de las acciones “seguiremos discutiendo, analizando, opinando y haciendo circular todas las opiniones”? ¿Es necesario reconocer explícitamente que hay disidentes, y que tienen derecho a pensar diferente? Esta declaración de tolerancia ¿será para disimular un rasgo más de autoritarismo?

Evidencias científicas y eficiencia retórica

Un componente muy importante del discurso oficialista es la reivindicación del carácter científico de sus aseveraciones básicas. Si contra los ambientalistas se puede alegar su carácter de miembros de la clase privilegiada, de extranjeros o de nacionales ajenos al interés nacional, de retrógrados utopistas o lo que fuere, llegados al campo de los indicadores y cálculos de impacto la cosa ya no se arregla con zancadillas en el juego. De todos modos, también en la discusión científica hay un componente social y político –no podría ser de otra manera– y la aspiración de objetividad no impide que se resalten ciertos datos, se callen otros y se disimulen los terceros. Por ejemplo, en un folleto editado recientemente por cuatro ministerios y distribuido especialmente a los turistas argentinos, se plantea la pregunta “¿Las plantas de celulosa son contaminantes?” y se contesta que “Ambas plantas utilizarán la mejor tecnología disponible al presente” lo que, objetivamente, no es una respuesta. Sin embargo se afirma en otro apartado que “Es necesario estar bien informado para poder entender la realidad en que vivimos. La información debe brindarse seria y respetuosamente con datos objetivos, concretos, y fundamentalmente veraces, a todos los ciudadanos” (Folleto, s/f).

En cuanto a información y evidencias científicas hay documentos importantes “para poder entender la realidad en que vivimos”: los estudios de impacto ambiental y el de la Corporación Financiera Internacional del Banco Mundial. Según el oficialismo, los estudios de impacto ambiental “de las dos plantas sobre el río Uruguay fueron realizados en una primera etapa por 40 técnicos uruguayos en su inmensa mayoría profesores e investigadores reconocidos y de alto nivel de la Universidad de la República y 26 técnicos extranjeros de 8 nacionalidades diferentes y controlados y verificados posteriormente por la Dirección Nacional de Medio Ambiente con sus propios técnicos” (Valenti, 2006a).

Se dice que hubo un informe y que Dinama lo controló y verificó pero en realidad la tarea de Dinama ante una evaluación de impacto es su aprobación o rechazo desde el punto de vista técnico, lo que no obsta para que el ministerio correspondiente autorice o desautorice la instalación de las plantas según su criterio político. Por otro lado resulta muy curioso que como garantía de la idoneidad de los técnicos uruguayos involucrados Valenti indique que son profesionales reconocidos “en su inmensa mayoría”, es decir “casi todos” si traducimos el pleonasma, pero de los 26 técnicos extranjeros participantes solo se indica que pertenecían a “ocho nacionalidades diferentes”, es decir, que no pertenecían al mismo país. No se indica si su informe fue bueno o malo, completo o incompleto: extranjería y reconocimiento académico fueron los méritos de sus autores, pero del informe en sí no se habla. Esos méritos no resultaron tales en otros foros: “Como eso no fue suficiente para las autoridades argentinas –provinciales y nacionales– le solicitaron al Banco Mundial un pronunciamiento independiente.” Y el BM “realizó el estudio con técnicos de diversos países”, extranjería que aparentemente otorga a estos técnicos la misma aura que aportó a los ocho extranjeros del informe anterior. Sigue el artículo: “En todos estos casos –sin exclusión– se afirma que las dos plantas no ponen en peligro al medio ambiente ni por sus emisiones al aire, ni por sus descargas en el río, ni por sus residuos sólidos” (ídem). “Todos estos casos” son en realidad dos, y no queda mucho espacio enton-

ces para la exclusión pese al afán de adjetivar. Por otra parte, si el Banco Mundial, impulsor de la forestación y financista de la instalación de pasteras puede generar “un pronunciamiento independiente” podría discutirse.

Si consideramos la génesis del estudio de impacto ambiental, no es de extrañar que éste afirme la inocuidad de las plantas: el estudio lo hace la empresa y es el requisito para que autoricen su instalación. La Dirección Nacional de Medio Ambiente no hace un nuevo informe, pese a que en este caso se indica que fue controlado y verificado. Además, ¿Cómo podría resultar tal informe desfavorable si la misma Dinama colaboró con Botnia en su realización (Torres, 2005)? Sobre el segundo informe, mientras aún estaba en borrador y por lo tanto no había sido aprobado, el Banco Mundial ya decía que iba a ser favorable pues de su aprobación dependía el otorgamiento de un préstamo a la empresa, no tanto la conformidad o disconformidad de los argentinos que lo habrían solicitado. Su contenido está, además, cuestionado por técnicos que también son “en su inmensa mayoría profesores e investigadores reconocidos y de alto nivel de la Universidad de la República”, tal vez no “extranjeros de 8 nacionalidades diferentes” ni “técnicos de diversos países”, pero forman en todo caso otra mayoría “inmensa”.

Los otros argumentos sobre aspectos técnicos se reducen a repetir que el país cuida su ambiente, que se cumplen todas las normas nacionales e internacionales y que contamos “con las herramientas políticas, legales, técnicas, científicas, así como los recursos humanos necesarios para asegurar el cumplimiento de las más estrictas normas de calidad ambiental” (Folleto, s/f). Todo esto son afirmaciones muy discutibles para quien haya seguido de cerca la actividad de las autoridades en los temas de ambiente, control de polución y similares en los últimos años, pero un folleto no es más que eso y la realidad otra cosa. Es una profesión de fe rotunda, como para no dejar lugar a dudas.

El modelo de pastera reivindicado por las posiciones del oficialismo se corporiza en la planta en construcción en la localidad alemana de Stendal, que pertenece a una firma estadounidense. Un artículo transforma a Stendal en “plantas idénticas a 100 kilómetros de Berlín, aprobadas durante un gobierno del que participaba el “Partido Verde”, es decir, los ecologistas” (Valenti, 2006b). “Idéntica” –sin plural, pues es una– a Stendal sería la planta de Botnia, pero Stendal tiene la mitad de la capacidad de la finlandesa y diferencias en el proceso de producción que le permitirían pasar a trabajar con ciclo cerrado de efluentes si así se requiriera, lo que no es el caso de la pastera fraybentina. Sin embargo no necesitamos ir tan lejos para ver una planta comparable a la de Botnia, pues la de Celco en el río Cruces, Chile, es mucho más parecida: produce cerca de 900 000 toneladas y utiliza el mismo proceso de blanqueo, con igual pretratamiento de desechos y con desagüe en el río. Aquí se trata de decirnos que si algo se hace en el Primer Mundo está bien, y mejor mirar a Stendal que apenas entró en producción que a la planta chilena de triste memoria, en funciones desde hace algo más de un año y generadora de serios problemas ambientales.

Se coloca además un signo de igual entre “los ecologistas” y el Partido Verde alemán. Puede ser que este partido reúna a la mayoría de los ecologistas alemanes, no podemos saberlo. La gran diferencia con nuestro país es el hecho de que aquí no existe un “partido verde”, y muchos “ecologistas” nacionales –y aceptemos a los fines del razonamiento un término tan vago e indeterminado como ese– se ubican muy probablemente entre los votantes de izquierda. Es una diferencia de la mayor importancia, cuyas consecuencias posibles comentamos abajo.

Los votos en una hipótesis especulativa

Si bien no podemos demostrarlo estadísticamente creemos no estar lejos de la verdad si suponemos que la mayoría de los ciudadanos con interés en temas ambientales son simpatizantes de partidos del actual gobierno. Esto plantea un dilema: un ataque a “los ecologistas” es un tiro por elevación contra miembros del mismo Frente Amplio; el odio, el desprecio y las acusaciones como las que hemos citado se revierten hacia el interior de la fuerza gobernante. Solo un optimista imperturbable podría decir que allí no hay disconfor-

midad con la instalación de las pasteras, pese a que la disconformidad no se haga pública o se acalle por razones tácticas o de disciplina partidaria. Cada ataque produce heridas, desgarrones, enfrentamientos, y todo enfrentamiento es un proceso de incierto resultado.

La discusión que se está procesando pese a todo, tarde y mal, sobre el destino forestal del país y sobre las consecuencias ambientales y especialmente políticas del modelo pastero colabora a la generación de suspicacias y desconfianzas, a la sensación de crisis, a la tentación de recurrir a cierto sesgo autoritario, de lo cual las argumentaciones que intentamos desmenuzar aquí son una muestra. Si las próximas elecciones nacionales tuvieran lugar hoy mismo, varios miembros de la coalición –los “ecologistas”– irían a la lucha lamiéndose las heridas, si es que no renuncian a participar, dado el rechazo de que son objeto.

Las elecciones no son por supuesto ni hoy ni mañana sino, como es sabido, en 2009. Parece un horizonte lejano, pero en este contexto hay dos cosas interesantes para resaltar: el efecto de la generación de empleos como posible arma de propaganda y las características especiales del voto de los jóvenes. A falta de credenciales de politólogos, permítasenos un poco de política-ficción.

Acerca del primer fenómeno, la generación de empleos ocasionales en el montaje de las instalaciones fabriles va a ser un factor favorable al mantenimiento del Frente Amplio en el poder. Es más, podría pensarse que aún en ese entonces la planta de Botnia no esté del todo terminada: si la planta de Stendal, más pequeña, demoró cinco años en ser construida y puesta en operación en las condiciones de Alemania y aparentemente sin oposición de la sociedad civil, no es aventurado suponer que la pastera finlandesa –el doble de grande, en un país con otras condiciones socioeconómicas y en medio de un conflicto internacional y nacional, muy complejo y cuyo final no se avizora– no entre a operar en 2007 como prevé el cronograma de sus constructores. No olvidemos que se está hablando de la construcción de hasta siete plantas en el futuro, así que por años podría haber empleos ocasionales en la construcción. La existencia de estos empleos y los conexos, el prestigio acrecentado de los símbolos del progreso industrial y el garantido apoyo de la oposición en este aspecto, aportarán chances a la reelección de los políticos gobernantes.

Las pasteras podrían ser entonces un factor de peso en la próxima campaña electoral. Tal vez algún estratega político lo haya considerado, tal vez no, pero la hipótesis de que la cerrada defensa oficialista de estos emprendimientos también pueda obedecer a este tipo de criterios no parece del todo absurda. Ante la posible disconformidad, aún ante la protesta, de “los ambientalistas” –que no sabemos qué expresión política podría adoptar y sería prematuro aventurarse a imaginarla–, se alzaría el muro de las cifras de miles de albañiles y montadores que cobraron sueldos durante un buen tiempo. Es una imagen fuerte, de gran poder multiplicador si a eso se suma que el PBI nacional –tal como se calcula– registra todo movimiento de dinero, así se deba a una catástrofe, como un puesto contable a favor. El solo hecho de la existencia de los enclaves pasteros aumentará el PBI y Uruguay subirá algún escalón en la estadística, lo que poco tendrá que ver con reales cambios positivos en la economía y la sociedad, pero sí con la argumentación política.

Estas ideas pueden sonar como puras especulaciones, pero el segundo fenómeno que anotábamos es mucho más concreto: el voto de los jóvenes. Hay una tendencia –estadísticamente confirmada– de que cada nueva generación ciudadana da su voto a la izquierda en mayor número. Ahora bien, “izquierda” es un término tan vago como “los ambientalistas” y en las circunstancias del Uruguay actual un voto “a la izquierda” puede ser un voto “prestado”, ocasional y no a perpetuidad. El voto de los jóvenes, entonces, no está asegurado y por ahora no imaginamos otra alternativa que también reivindique la condición de izquierda con chances de disputar el liderazgo del Frente..

Ya lo han advertido algunos políticos, y lo advertía el sociólogo Rafael Bayce: “Pero que nadie se crea que la gente se volvió de izquierda, no: la izquierda sintonizó con /la/ cultura política que generaron y abandonaron los otros. /.../ Normalmente se dice que los jóvenes son de izquierda, pero esto es así mientras gobierna la derecha, pero cuando gobierna la izquierda los jóvenes son de derecha, como pasa en Europa; los votos jóvenes son votos anti adultos” (Bayce, 2005). La izquierda ganó el gobierno convenciendo a apenas algo más que la mitad de los votantes; los contrarios, la otra mitad, son muchos, viven y actúan. Para ellos,

derrotados por primera vez en la historia del país, también 2009 es un año clave. Los votos a disputar son mayormente los votos jóvenes, aún no ligados a lealtades históricas, y en este sentido toda esta triste historia de las pasteras tal vez contenga la semilla de un resultado imprevisto.

Además de que los jóvenes podrían emitir votos “anti adultos”, hay entre la juventud uruguaya una nueva sensibilidad ambiental, construida a partir de la escuela primaria, de la que no participaron anteriores generaciones. Los adolescentes que hoy cursan los últimos años de educación básica serán electores en 2009. ¿Cómo reaccionará ese electorado ante las burdas expresiones de personeros oficialistas sobre los ambientalistas? ¿Quedará todo olvidado, obtendrán los feroces críticos de hoy legitimidad como defensores del ambiente? Todo lo que se dijo de Greenpeace, que nos guste o no es una especie de icono y referente juvenil, la desmesura en los juicios, la grandilocuencia autoritaria y patrioter, hoy rinden cierto dividendo, ¿pero mañana?

También, el tema pastero ha tenido la virtud de obligar a la opinión pública a discutir lo ambiental con mucho mayor intensidad que anteriormente, así como a vislumbrar en el trasfondo –en forma aún larvada y desdibujada– la gran discusión sobre el futuro que como sociedad democrática nos estamos debiendo. Esto redundará en una popularización de lo ambiental, tema vasto y sin límites definidos, y también en un aumento de la conciencia sobre nuestra responsabilidad con la conservación del medio, de la conciencia sobre los riesgos y de la conciencia sobre la necesidad de organizarse para analizar peligros y amenazas, desecharlos o enfrentarlos. Si estos factores, a su vez, influirán en la emisión de votos en las próximas elecciones no podemos decirlo con certeza; lo que sí es seguro es que, si la expansión de la conciencia ambiental que nos atrevemos a vaticinar realmente adquiere importancia, más de un estratega político de izquierda, derecha, medio, conservador o radical, adoptará un discurso que comprenda estos temas de modo explícito. Perfectamente puedan aparecer políticos conservadores “ambientalistas”, propulsando un “fascismo verde” al estilo de algunos ejemplos californianos. Adónde puede conducir esto no lo sabemos.

En todo caso, la izquierda cholula, amante de los pajaritos y de las ballenas blancas, hija de la bobeta, apartada de la realidad, a quien le haría falta escuchar un poco más el ruido insoportable de niños con hambre, también votará y no es probable que lo haga a favor de que alimenten a esos niños con cucharadas de celulosa, sino con un nuevo proyecto de país.

Referencias

- Álvarez, Antonio. 2006. Artículo Sospechas de corrupción a cada paso y posiciones cerradas son la tónica del debate por las papeleras. Diario El País del 8 de enero de 2006.
- Bayce, Rafael, 2005. Artículo ¡Hércules al gobierno!, revista Guambia número 523, del 6 de agosto de 2005. En: <http://www.guambia.com.uy/NUMEROS/N523/textos/5Entrevista.html>
- Folleto, s/f. A Uruguay le importa el medio ambiente. Ministerios de Relaciones Exteriores; Industria, Energía y Minería; Turismo y Deporte; Vivienda, Ordenamiento territorial y Medio Ambiente.
- Santiago, Carlos. 2006. Artículo La crisis de las plantas de celulosa en una situación límite: A Kirchner ya no le queda huir hacia delante. Seminario Bitácora, 10 de enero.
- Torres, Alicia, 2005. Comparecencia de la Directora Nacional de Medio Ambiente, ingeniera agrónoma Alicia Torres, ante la Comisión de Medio Ambiente de la Cámara de Senadores, en la sesión del 4 de julio de 2005. Consta en actas que se pidieron “informaciones complementarias” a la empresa Botnia, y se celebraron “importante cantidad de reuniones de intercambio sobre aspectos específicos del estudio de impacto ambiental”.
- Valenti, Esteban, 2006a. Artículo La celulosa de la discordia. Semanario Bitácora, 20 de enero.
- Valenti, Esteban, 2006b. Artículo ¿Y el enano llorón? Semanario Bitácora, 3 de febrero.